

SEGUNDA PARTE

I

Son las ocho.

Hacia mediados de Abril, el sol se pone temprano, y el crepúsculo llega pronto.

El valle del Saulx se vé ya invadido por la noche que va avanzando. Apenas se divisa allá hacia la izquierda, y de trecho en trecho, el debil reflejo de las aguas del canal entre los ribazos cubiertos de hierba, y en el horizonte la masa confusa de la selva.

Dos ó tres luces encarnadas indican el emplazamiento de la estación del ferrocarril, á la sazón desierta, y donde interrumpe solamente el silencio la aguda y precipitada vibración de un timbre eléctrico.

Al otro lado de la ria, se alcanza á ver en la falda de la colina el vago perfil de las casas de Sermaize, en cuya sombra centellean algunos puntos luminosos. Pero volviendo hacia la derecha, encuentra la vista un repliegue del terreno, cuya iluminación forma extraño contraste con estas tranquilas tinieblas. A medida que avanza la noche, va escapándose de aquel sitio un rojizo resplandor, que se prolonga á lo lejos

en la llanura, como la cola de un resplandeciente cometa. Es la reverberación de la fábrica de vidrio de M. de Noirel.

Desde que se llega cerca de los edificios situados detrás de los árboles del antiguo Paquis, la intensidad de la luz deslumbra los ojos. La negra fachada aparece de trecho en trecho como horadada por rojizos fuegos incandescentes, y en el centro, la ancha puerta, abierta de par en par, semeja la enorme boca de un horno ciclópeo. En el interior, bajo una armadura de hierro elevada como una nave de iglesia, se alza una maciza construcción de ladrillo, perforada en toda su extensión de agujeros, por donde sale una luz de color blanco y en donde ruje y produce bruscas detonaciones el vidrio en estado de fusión. Delante de cada una de estas canales de ventilación, y á lo largo de un estrecho balcón de piedra, bullen y se agitan infinidad de operarios de extraño aspecto, con los piés y los brazos desnudos, sin más vestido que una especie de falda de algodón listado, y moviendo incesantemente al extremo de sus tubos de hierro masas de vidrio inflamado que describen luminosos círculos. Los maestros *forjadores* hinchán de un soplo el vidrio fundido, y los otros operarios se van pasando de mano en mano las botellas todavía abrasando y adheridas á los sopletes.

La reverberación de los crisoles recorta fantásticas sombras en las paredes fuertemente iluminadas, y

en medio de aquella inmensa hornilla flameante, los extravagantes grupos que se revuelven, traen á la memoria las diabólicas figuras que llenan ciertos grabados de Callot.

De cuando en cuando, alguno de los forjadores ó insuflador-s, inundado en sudor y achicharrado hasta la médula de los huesos por el hálito abrasador de los respiraderos, se pone una camisa de lana y sale á aspirar en el exterior un poco de aire fresco. No lejos de la puerta grande está sentado el doctor Lorenzo Husson en un banco del patio, fumando un cigarro. Sabe muy bien que durante la operación de la forja ó soplete, suelen ocurrir con frecuencia graves accidentes, y antes de irse á acostar ha querido asegurarse por sí mismo de que ningún operario necesitaba sus auxilios médicos.

—Buenas noches, Sr. Husson—dijo un trabajador al pasar por su lado;—es de agradecer que no os olvidéis de vuestros vidrieros, á pesar de tener ahora enfermos en todos los ámbitos de la comarca... De todos modos, no se os vé al presente con tanta frecuencia como hace tres años; pero sabemos que os encontraremos siempre á tiempo en caso de alguna desgracia, y esto nos basta.

El forjador se aleja, y Lorenzo, cruzadas las piernas, echada atrás la cabeza, reanuda el hilo de sus meditaciones, siguiendo con la vista el haz de rayos luminosos que proyecta á lo lejos el fuego de los hor-

nos... Cuanto más avanza la noche, más se vá alargando por la superficie de la campiña aquella irradiación fosforescente, cual si quisiera traspasar el horizonte y filtrarse más allá de los montes, por regiones desconocidas.

Por asociación de ideas, y contemplando aquella fugitiva luminaria, empieza á divagar la fantasía de Lorenzo, y recuerda que pronto hará tres años y medio que llegó á Sermaize con la carta de recomendación de la señorita de Fierbois en el bolsillo. Durante aquel lapso de tiempo, ¡cuántas cosas inesperadas, cuántas metamorfosis! ¡qué de días trabajosos y bien aprovechados! Parece increíble que hayan transcurrido tan pocos años desde su salida de Las Islettes hasta aquella noche de Abril, en que se encuentra allí fumando tranquilamente recostado en el banco de la fábrica de vidrio. Se considera como un viajero ya viejo, que vuelve la cabeza para mirar la larga cinta de camino que ha dejado á su espalda; y en los fantásticos escarceos de aquella luz que la fábrica pasea por los campos, experimenta una vaga voluptuosidad, viendo sucederse como otras tantas visiones vaporosas, los variados incidentes de su nueva existencia.

Primero su llegada á la fábrica. Era el comienzo de la noche. Cubierto de polvo y todavía aturdido por el ruido del tren, es introducido en el despacho de M. de Noirel. Un fuego de carbón de cok arde

chisporroteando en la chimenea; una lámpara con pantalla verde alumbraba la mesa-escritorio, atestada de facturas y muestras de cristales. En la pared, entre dos cabezas de ciervo, un retrato del conde de Chambord alterna con una litografía que representa la muerte del duque de Berry. M. de Noirel, un hombre rubio y sonrosado, desdobra la carta de su tía, se inclina para leerla bajo la pantalla, y al resplandor de la lámpara, su prominente nariz, su frente aplastada y su barba hundiéndose, se dibujan en negro, dándole el aspecto de un pájaro enorme con un pico monumental.

Lorenzo, delante de la chimenea, nublado el rostro por la inquietud, escudriña las facciones del fabricante de vidrio, tratando de adivinar por ellas su decisión. Por último, levanta su cabeza de pájaro M. de Noirel, se guarda en el bolsillo la misiva de la señorita Sebastiana, y fijando en el joven médico sus redondos ojos, le pregunta:

—Doctor Husson, ¿habeis comido?... No, seguramente... Pues bien, venid á comer conmigo, que me estoy muriendo de hambre.

Y viendo que el joven le mira con cierto asombro, añade M. de Noirel:

—En la mesa hablaremos; de todos modos, si habeis agrado á la señorita de Fierbois, tambien me agradareis á mí... Tiene un gran olfato la tía Sebastiana... ¿Supongo que seguirá calzando sus botas de siete leguas?...

El inmenso haz luminoso se va prolongando en forma de abanico, y ya casi alcanza al límite del bosque; mas al llegar allí, parece como que se replega sobre sí mismo y le cuesta trabajo atravesar la espesura de la selva... Tambien para Lorenzo ha sido trabajoso evocar aquel primer recuerdo. Se vé instalado en la fábrica de vidrio, con una asignación de cincuenta escudos mensuales, habitación y permiso para dedicar sus ratos desocupados á crearse una clientela en aquellos contornos. Los primeros pasos son rudos y difíciles; no abundan los clientes, porque los campesinos desconfían y al médico joven prefieren los viejos practicones del cantón. Mal curado de las heridas de amor propio recibidas en las Islettes, Lorenzo se siente moralmente dolorido y aniquilado, como un hombre que hubiese caído en el fondo de una profunda sima. Los primeros meses le parecen mortalmente largos, tristes y monótonos. Por fortuna, la señorita Sebastiana le envía sus libros; se dedica al estudio y, como la anciana le había pronosticado, encuentra en el trabajo una pederosa panacea. Al mismo tiempo que los libros, le ha remitido la señorita Sebastiana una carta, en que le dá cuenta de los acontecimientos ocurridos después de su partida. M. de Rosieres se ha mostrado al principio desconsolado, y durante ocho dias ha tenido Ambrosina que sufrir lo que no es decible; pero luego, el aturdido caracter del marqués ha triunfado de todo,

ha vuelto á sus cacerías, y á la sazón se ocupa con empeño en los preliminares del casamiento de su sobrino Santa María, quien por fin se ha decidido á pedir la mano de la señorita Fontenille, que acaba de concedérsele.

Lorenzo apura con resignación este último cáliz y se concentra en los libros, á fin de ocupar su imaginación, que vaga aún con harta frecuencia por los alrededores de La Noue-Saint-Vanne.

Poco á poco van afluyendo los clientes. Sermaize posee un manantial ferruginoso y un establecimiento termal en estado naciente. Hacia mediados de Julio, las posadas del pueblo se ven concurridas por medio centenar de bebedores de agua: chiquillos anémicos, mujeres linfáticas y nerviosas, ancianos debilitados que van al *manantial de los Sarracenos* en demanda de un poco de tono para sus desarreglados nervios. Precisamente, Lorenzo ha hecho durante su periodo de alumno interno un estudio especial de esas oscuras y pérfidas afecciones que atacan al organismo femenino y que van haciéndose de día en día más frecuentes, merced á las condiciones de la existencia moderna. Dos ó tres tratamientos coronados de feliz éxito, le ponen de pronto en boga entre los concurrentes al establecimiento. Dotado de un excelente ojo clínico, seguro en el diagnóstico, de finos y amables modales y con esa vivacidad y calor que tanto aprecian las mujeres, posee las cualidades que se re-

quieran para agradar á una clientela casi exclusivamente femenina. Así es que sus medicamentos curan se le solicita para consultas en los pueblecillos colindantes, y desde el segundo año de su estancia se encuentra en situación de alquilar y amueblar cómodamente una casa del pueblo y poner en planta un proyecto que trae en mientes desde hace diez y ocho meses...

El resplandor de los hornillos aumenta en intensidad, y exparce por el llano una luz algosemejante á la de la aurora.—Cambia la escena y Lorenzo se vé con los ojos del pensamiento, cruzando con agitado paso aquella plaza de la Corona, donde no ha vuelto á poner los piés desde su escapatoria de Juvigny. Ya está todo dispuesto en la casa de Sermaize; los muebles han llegado, y el gabinete destinado á Sofia Husson está completamente en regla. Lorenzo la ha escrito que iría á verla y que deseaba que aquella primera entrevista se verificase sin testigos, á lo cual le ha contestado Sofia indicándole un día en que Memmie Husson tendría que salir con precisión de casa y la tía Constanza, por su parte, estaría ocupada en la iglesia, ejerciendo sus funciones de hermana mayor del Rosario.

Lorenzo ha tomado el tren por la mañana y llega á Juvigny á la hora de itinerario. El aspecto de la plaza no ha cambiado en nada. En el escaparate de la panadería se exhiben, como en tiempos pasados,

los panecillos y hogazas entre los botes de galleta, y en la ventana del taller se ven los consabidos tientos de balsamina. Lorenzo sube apresuradamente la escalera y empuja la puerta de la tienda, cuya campanilla deja oír sus agudas vibraciones. Al ruido acude Sofía y dá un grito de júbilo. Lorenzo la coje por la mano y la lleva hacia la trastienda, diciendo con voz ahogada:

—Subamos á tu cuarto.

Sofía le obedece, y le precede temblorosa hasta la habitación del primer piso. Una vez allí, y después de cerrar la puerta, exclama Lorenzo con acento de infinita ternura:

—¡Madre mía!

Sofía se vuelve, palidece, y Lorenzo la recibe desfallecida en sus brazos. Hácela sentar cariñosamente en un antiguo sillón de paja, se arrodilla, la besa las manos, los brazos, las mejillas, y murmura de nuevo con expresión de dicha inefable:

—¡Madre mía!

Sofía se pone muy encarnada, dilátase su pecho y vierten sus ojos copiosas lágrimas, en tanto que su cabeza se apoya en el hombro de su hijo, á través de los sollozos, articulan débilmente sus labios:

—¡Perdóname!

—Perdonarte!—responde él cubriéndola de besos.—
Antes al contrario, ¡yo te bendigo! Lo sé todo, todo

cuanto por causa mía has sufrido, y te considero como la mujer más santa de la tierra.

A esta exclamación sigue un prolongado abrazo, pero se encuentran ambos tan conmovidos, que no tienen ni aun fuerza para hablar, y además tienen que saldar una cuenta atrasada de dulces caricias. Desenlázanse por fin los brazos, enjúgase los ojos Sofía, y exclama mirando con orgullo á su hijo:

—¡Qué guapo estás!

—¡Pues y tú, querida madre? Tú sí que estás hermosa—contesta Lorenzo, contemplando enternecido el rostro de Sofía, la tersa frente sobre la que caen en bandós los plateados cabellos, los ojos castaños que brillan al lado de aquel pelo gris como violetas abiertas bajo la nieve, las mejillas color rosa pálido y los labios rejuvenecidos por una sonrisa.

—¡Yo!—dijo Sofía moviendo la cabeza—soy ya una vieja... Mira, mis cabellos están casi blancos.

—¡Y te sientan admirablemente, y me encantan!—replicó Lorenzo, besando otra vez las bandas de pelo gris.

Siéntase al lado de su madre y empieza á hablar á media voz en la tranquila habitación, donde solo á intervalos es turbado el silencio por el agudo timbre del reloj del colegio, que anuncia las horas y los cuartos.

Sofía habla muy poco, pero devora con delicia las frases de su hijo, que la cuenta minuciosamente su

vida de estudiante, su estancia en las Islettes y su nueva existencia en Sermaize.

Suena de pronto la campanilla de la tienda, y óyese la voz de la tía Constanza que entra en la casa.

Un velo de melancolía se extiende sobre el rostro de Sofía Husson y sus ojos se ven empañados por las lágrimas.

—¡Tan pronto!—exclama suspirando.—¡Qué desgracia que no puedas vivir á mi lado!... Sería demasiada dicha, y va á ser preciso separarnos.

—¡Separarnos!—repite Lorenzo.—Ya no nos separaremos jamás.

Entonces explica á la pobre madre asombrada que ya tiene su habitación dispuesta en Sermaize, que todo está arreglado para que de hoy más viva constantemente en su compañía, y que viene decidido á no regresar al pueblo sin llevársela consigo. Sofía principia á derramar dulces lágrimas, en tanto que resuena á más y mejor el estallido de los besos.

.....

El resplandor de la fábrica de vidrio sigue arrojando sus oleadas blanquecinas sobre silenciosa campiña hasta perderse en el horizonte; mas ahora, lo que Lorenzo vé reflejarse en la reverberación de los hornillos, es una nueva y más reciente fase de su vida. Han transcurrido algunos meses; la señorita Husson se halla instalada á su lado y dirige la casa. A pesar de su deseo de presentarla en todas partes como

su madre, ha tenido que transigir con las objeciones de la tímida y escrupulosa Sofía. Juvigny dista poco de Sermaize, y la hermana de Memmie Husson ha tenido miedo de escandalizar á la gente y no ha querido verse obligada á ruborizarse delante de las personas que la conocieron en otro tiempo. Para el mundo sigue siendo la tía Sofía; pero en la intimidad y una vez cerradas las puertas, desquítanse madre é hijo de su obligada reserva y dan ardiente expansión á sus sentimientos de recíproca ternura.

La clientela del doctor aumenta de día en día y su reputación es algo más que una fama de campanario, porque ha salvado los límites del cantón y el joven médico es con frecuencia llamado en consulta á Chalons y Saint-Dizier. Durante la epidemia de fiebre tifoidea que ha azotado á la comarca, ha desplegado Lorenzo tal abnegación y tanta inteligencia, que su nombre ha llegado á hacerse popular.

A la sazón es médico director de las aguas y con tal motivo, un alto funcionario á quien ha curado la laringe, ha hecho que se le incluya en la última hornada de condecoraciones. Excusado es decir que la buena Sofía ha estado á punto de morir de júbilo. Lorenzo es el niño mimado de la suerte; prospera su peculio, realízanse sus ambiciosos deseos, siéntese dulcemente halagado en su orgullo y su madre le adora. A pesar de todo, no se considera feliz y siente en su corazón un vacío que nada ha podido llenar, después

del desengaño causado por los desdenes de la señorita Fontenille.

Cierto que el antiguo amor, helado en plena florecencia, está muerto y bien muerto, y hace ya largo tiempo que el doctor ni siquiera siente enojo ó indignación contra la que lleva hoy el nombre de señora de Santa María de Briuelles; pero aquella decepción ha herido las más delicadas fibras del corazón, que no han vuelto á producir verdes retoños. Desde entonces ninguna mujer ha hecho experimentar á Lorenzo esos entusiastas arranques, esas expansiones de sencilla ternura, que son como el fragante ramillete de la juventud. Y sin embargo, apenas cuenta veintiocho años y no ha pasado la estación de los amores... ¿Por qué, pues, se ha roto el antiguo encanto? ¿por qué no puede recordar el aire y el estribillo de aquella alegre canción que con tanta frecuencia tarareaban sus labios cuando tenía veinte años?... ¿Será que la poesía del amor no brota verdaderamente sino en las almas faltas de experiencia y se extingue en nosotros tan luego como la razón nos inunda con su luz más viva, á la manera que esa fantástica iluminación de la fábrica de vidrios, que derrama sus resplandores por toda la campiña y que se borrará mañana ante la cruda claridad del día?

Estas últimas reflexiones han puesto melancólico á Lorenzo, que exhala un suspiro, abandona su banco,

arroja una postrer mirada al interior de la fábrica y emprende á paso lento el camino de su casa. Hállase ésta situada á la entrada del pueblo sobre el camino que conduce al manantial de los Sarracenos. Desde larga distancia, y á través de los verdes árboles de jardinito que la precede, se vé brillar una luz en las ventanas de la planta baja, y al entrar el joven médico en la salita locutorio donde recibe á sus clientes, es cariñosamente acogido por Sofia Husson, que se halla sentada delante de una gran cesta atestada de ropa blanca.

La dicha que disfruta y el aire sano del campo han producido en ella cierto rejuvenecimiento, y por más que haya cumplido ya cuarenta y ocho años, aún conserva su rostro un gracioso atractivo bajo la blanquísima cofia, muéstranse más llenas y sonrosadas sus mejillas y límpidos y serenos sus castaños ojos como el puro manantial de una fuente.

—No he querido acostarme antes de que volvieses á casa—dijo, contestando al abrazo de Lorenzo.—Mira, esta tarjeta han traído para tí.

Acercóse Lorenzo á la lámpara y leyó en una cartulina litografiada: «Eustaquio Lapasque, alguacil de Robert-Espagne,» y debajo, en letra manuscrita: «ofrece sus respetos al doctor Husson y le estimaría se tomase la molestia de visitar á un niño enfermo.»

—¡Eustaquio Lapasque!—murmuró Lorenzo.—Yo he oído este nombre en otro tiempo.

Es posible--contestó Sofía, quien después de arreglar la ropa en el cesto, había encendido la bujía;—en Juvigny había Lapasques... Vaya, buenas noches, hijo mio.

Una vez en su cuarto, volvió Lorenzo á mirar la tarjeta del alguacil, y poco á poco fueron aclarándose sus recuerdos.

—Este Lapasque—pensó—debe ser el flautista de la escribanía de Derónis...

E inmediatamente fueron acudiendo y desfilando por su memoria, como las cuentas de un rosario, todas las impresiones de otros tiempos. Recordó la empolvada y ennegrecida oficina, las expansiones de la romántica Lucrecia, el jardín del colegio Papillón y á Valentina, su primer amor, brotando entre las flores de los altares del Córpus. Y al dormirse, vió pasar ante sus cerrados ojos á la pensionista de la señorita Papillón con su vestido blanco, su crugiente velo de tul y sus párpados entornados...

Al día siguiente, después del desayuno, y viendo que el tiempo estaba hermoso, se decidió á ir á pié, atravesando el bosque, hasta Robert-Espagne.

La mañana es serena y soleada; los bosques no tienen hojas todavía, pero los tallares se ven ya animados por verdes y delicados brotes, y el suelo florecido de primaveras y anémonas; silban por doquiera los mirlos en honor de la aproximación del buen tiempo. Lorenzo cruza con ligero paso el largo trayecto alfom-

brado de corta y espesa hierba, y no han sonado las doce cuando llega á Robert-Espagne.

La casa que habita su nuevo cliente está situada en el centro del pueblo, y ostenta, incrustada en la pared, una plancha de madera, donde se lee en bonitas letras doradas:

LAPASQUE, ALGUACIL

Después de llamar sin obtener respuesta, hizo girar Lorenzo el pestillo de una puerta y entró en una amplia habitación, mitad cocina y mitad comedor, en cuyo centro y alrededor de una mesa redonda, cubierta por un hule, cuatro chicuelos no muy bien lavados y que apenas se llevarían entre sí un año de edad, estaban encaramados en altas sillas de las que se emplean para los niños, contemplando con impacientes ojos una fuente de patatas que se disponía á distribuir entre ellos una mujer con chambra blanca y refajo corto.

Al ruido de la puerta, se vuelve la señora de la chambra blanca, prorrumpe en una exclamación y deja caer la cuchara, en tanto que Lorenzo exclama por su parte:

—¡Lucrecia Derónis!

—¡Monsieur Lorenzo!—balbuceó Lucrecia sin volver de su asombro.—¡Cómo! ¿Sois vos ese famoso doctor Husson de quien tanto se habla?

—El mismo seguramente—respondió Lorenzo riendo.—¿Y cómo está M. Derónis?

—Muy bien, y continúa en Juvigny, ocupado en su grande obra.

Lucrecia se encuentra muy turbada, como se echa de ver en la manera poco equitativa con que llena las tazas, lo cual provoca casi una insurrección entre los chiquillos. Les impone silencio, y poniéndose colorada, pide perdón por su descuidado traje.

—Ya veis, cuando se tienen hijos, hay que sacrificarse por ellos.

—De modo, que M. Lapasque es vuestro marido?—dijo Lorenzo, mordiéndose el bigote para disimular la risa.

—Sí—contestó Lucrecia, bajando pudorosamente los ojos...—Pronto hará diez años que soy su mujer; como que nos casamos cinco meses después... de vuestra salida de Juvigny.

Exhaló un suspiro, y añadió bajando la voz:

—No era la posición que yo había soñado, pero ¡qué remedio! Hay que conformarse con lo que la suerte nos depara... Además, Eustaquio es un hombre excelente, de vida muy arreglada, y si no fuera porque los chicos se dan tanta prisa en venir al mundo...

—¿Los cuatro son vuestros?

—Sí, por cierto... Esta es la mayor—añadió, poniendo la mano sobre la cabeza de una rubita de ocho

años.—Isaura, jenvía un beso á este señor!... Luego siguen por orden de edad, Arturo, Amaury, Palmira, y por último...

—¿Hay más todavía?

—Falta el quinto—contestó la fecunda madre algo confusa,—Cayetano, que tiene seis meses; es el que está enfermo y para el cual habeis sido molestado.

Lucrecia condujo á Lorenzo á la alcoba donde se hallaba el niño postrado en la cuna.

—Tiene convulsiones y ha dicho el médico de la localidad que no puede vivir. Este pronóstico ha asustado á Eustaquio, y por lo mismo se decidió á dirigirse al doctor de Sermaize.

—Tranquilizaos,—dijo éste después de reconocer al niño;—bien asistido y con un cambio de régimen, le sacaremos adelante.

Extendió una receta, dió las convenientes instrucciones á Mme. Lapasque, y se disponía á retirarse, cuando la joven, mirándole con ademán perplejo y arrollando distraidamente el extremo de la chambre, balbuceó:

—Monsieur Lorenzo, es medio día y no tardará Lapasque en volver; me proporcionaríais un gran placer os si quedáseis á comer con él.

—Con mucho gusto—contestó Lorenzo, á quien el largo paseo había abierto el apetito;—pero, ¿tendrá M. Lapasque por su parte el mismo gusto en com-

partir su comida conmigo?... Allá, en otros tiempos, era bastante celoso.

—¡Oh!—replicó Lucrecia bajando los ojos—aquello ya se le ha pasado.

—¿Y sigue tocando la flauta?

—Todos los días, pero únicamente para dormir á los niños.

Este diálogo fué interrumpido por una explosión de gritos que partían de la cocina; los pequeños anunciaban á su modo el regreso de Eustaquio, y Lucrecia bajó con Lorenzo Husson, á quien presentó su marido. Este se queda absorto al conocer á su antiguo rival; pero la vista de la cinta encarnada que adorna la solapa del doctor, le impone cierto respetuoso temor; se decide á alargar la mano á Lorenzo, y le dice que le encuentra tan cambiado, que le hubiera costado trabajo reconocerle.

—No puedo decir otro tanto de vos—contestó Lorenzo estrechando la mano al alguacil,—porque os encuentro muy poco variado.

Eustaquio Lapasque, ya desmesuradamente alto, parece que ha crecido más después de su casamiento; sus largas y enjutas piernas, aprisionadas en unas polainas de tela azul; su cuerpo enteco, embutido en una chaqueta de caza que sus grandes dedos abrochan y desabrochan nerviosamente, y su cabeza puntiaguda, en mangada en un largo pescuezo, le dán el aspecto de una gigantesca flauta.

En tanto que Eustaquio y Lorenzo conversan, Lucrecia se escapa, á fin de reparar algún tanto el desorden de su traje, y no tarda en reaparecer ataviada con un vestido de cuadros verdes y una gorrita guarnecida de cintas de color rojo naranjado. Se conoce que la pobre Lucrecia sigue condenada á tener tan perverso gusto como en los tiempos en que habitaba la escribanía de la calle de las Sœurs-Claires, pero al menos ha adquirido alguna más robustez; sus hombros y brazos se presentan menos afilados, el pecho ofrece respetables convexidades, tiene sonrosadas las mejillas y refléjanse el buen humor y la satisfacción en sus grandes ojos.

Saca un jamón del fondo del arca, confecciona una tortilla, agrega un cubierto más á la mesa, y los Lapasquillos, ante la perspectiva de aquel nuevo banquete, expresan su alegría con sonoros y agudos gritos.

Se come alegre y opíparamente; Eustaquio, confortado por la esperanza de que su último vástago saldrá sano y salvo de aquella crisis que se creía mortal, se deshiela poco á poco, y encuentra en el vino clarete un cachito de animación.

Lucrecia parece rejuvenecida por la presencia del héroe de su breve y única novela de la juventud, y hasta el mismo Lorenzo experimenta un gran placer en hablar del tiempo pasado con los contemporáneos de su época estudiantil. La conversación vá saltando

de unas en otras personas y cosas; se habla de M. Derônís, de los libros viejos de la escribanía, del patio por donde trepaban las aristoloquias, y así, de recuerdo en recuerdo, se llega al jardín de las señoritas Papillón...

—A propósito—dijo Lucrecia, dirigiendo una maliciosa mirada á Lorenzo—¿sabeis que vuestra antigua pasión?...

—¿Qué pasión?—la interrumpió Eustaquio, mirando alternativamente á su mujer y al doctor.

—Una educanda del colegio Papillón—contestó Mme. Lapasque...—¡Oh! demasiado sabe M. Husson á quien me refiero... La escribía cartas incendiarias y solo venía á nuestra casa para atisbarla desde la ventana.

—¿Cómo?—exclamó Eustaquio, cuyo rostro lar-guirucho pareció animarse.—¿Por eso íbais tan á menudo á la oficina?... Venga esa mano, doctor y concededme vuestro perdón... ¡Habeis de saber que es-tuve celoso de vos!

Madame Lapasque se puso encarnada como una amapola, y Lorenzo, para cortar la conversación, preguntó á Lucrecia si sabía qué había sido de Valentina.

—Mucho que sí—contestó la esposa de Lapasque—como que vive aquí, á dos pasos de nosotros... Es la hija de nuestro recaudador.

—¡La hija del recaudador!—exclamó respetuosa-

mente el marido.—¡Ya lo creo!.. Es lo que llamamos los campesinos un buen acomodo. Ya podrá darse con un canto en los pechos el que se case con la señorita Valentina Maurin.

II

Robert-Espagne y Sermaize están separados por el bosque de Trois-Fontaines, y esta circunstancia parece aumentar la distancia entre los dos pueblos, que por otra parte, corresponden cada cual á un departamento diferente. Para ellos, aquellas tres leguas de monte vienen á ser una especie de muralla de la China, rara vez franqueada por los habitantes de ambas localidades.

En el centro del bosque, y en una plazoleta próxima á la casa-guardería, se alzan los edificios de la abadía de Trois-Fontaines. Hacia este sitio se dirigia Lorenzo Husson una tarde de fines de regreso de Mayo, de una visita facultativa hecha á una de las aldeas enclavadas en los bosques.

El tiempo era calurosísimo, y aunque las hayas proyectasen abundante sombra sobre el césped de las trincheras, anhelaba con impaciencia el doctor ver asomar el techado de encarnadas tejas de la casa de guardas, donde esperaba encontrar una botella de li-